

ANÁFORA

Revista literaria de Humanidades



Cristales de hielo

Año 2, Número 4

Noviembre 2023

Año 2, Número 4, noviembre de 2023
Escuela Preparatoria, CETYS Universidad
Coordinación de Humanidades
Tijuana, Baja California

Directora de preparatoria
Mtra. Marisela Ventura Rocha

Coordinadora de Humanidades
Mtra. María Concepción Ordóñez Aguillón

D. R. Los autores
D. R. Coordinación de Humanidades, CETYS
Universidad

Docente del taller de fotografía
Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández

Ilustración de cubierta por Mariana Ibañez,
estudiante del taller de Fotografía.

Edición y diseño:

Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe
Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández



Índice

Narrativa

V Concurso interprepas de Cuentos

Primer lugar, CETYS Tijuana:

Cristales de hielo

de Sebastián Campaña Vázquez. 05

Segundo lugar, PFLC II:

En la eternidad de la luna llena

de Sofía Lizbeth Gutiérrez Lascars. . 10

Tercer lugar, PFLC II:

En tan solo 6 minutos y 54 segundos

de Guillermina del Sagrario Monroy
Cuarenta 20

Fotografía

Outdoor Ruta del maíz

Luisa Floresvillar 04 y 09

Frida Uriarte 09 y 19

Mariana Ibañez 18

Oscar Viramontes 25

Omar Muñoz. 25

Escritora invitada

Cuento:

Sanar la sangre

de Marcia Ramos 26

Presentación

Narrativa: V Concurso Interprepas de Cuento 2022.

Esta edición presenta los cuentos galardonados en el V Concurso Interprepas de Cuento 2022. En esta convocatoria se destacan las siguientes obras con las opiniones del jurado:

Primer lugar: *Cristales de hielo*, que “tiene como cualidad una narrativa relacionada al monólogo interior que es capaz de atrapar al lector con atinadas descripciones que tiene a su alrededor”.

Segundo lugar: *En la eternidad de la luna nueva*, el cual nos presenta “una historia bien lograda, que si bien se asemeja a un mito, tiene una estructura completa, el lenguaje es preciso y claro”.

Tercer lugar. *En tan sólo 6 minutos y 54 segundos*, “un cuento con estructura interesante. Inspirado en un fenómeno natural que realmente ocurrió en 1991, para ficcionalizar la vorágine que puede generar un eclipse en la psique de un individuo.

Sin más, te invitamos a disfrutar de estas obras que han sido fruto de la experiencia e imaginación de adolescentes que hoy nos comparten su pasión por la literatura y la manera en que conciben el mundo a través de sus historias.

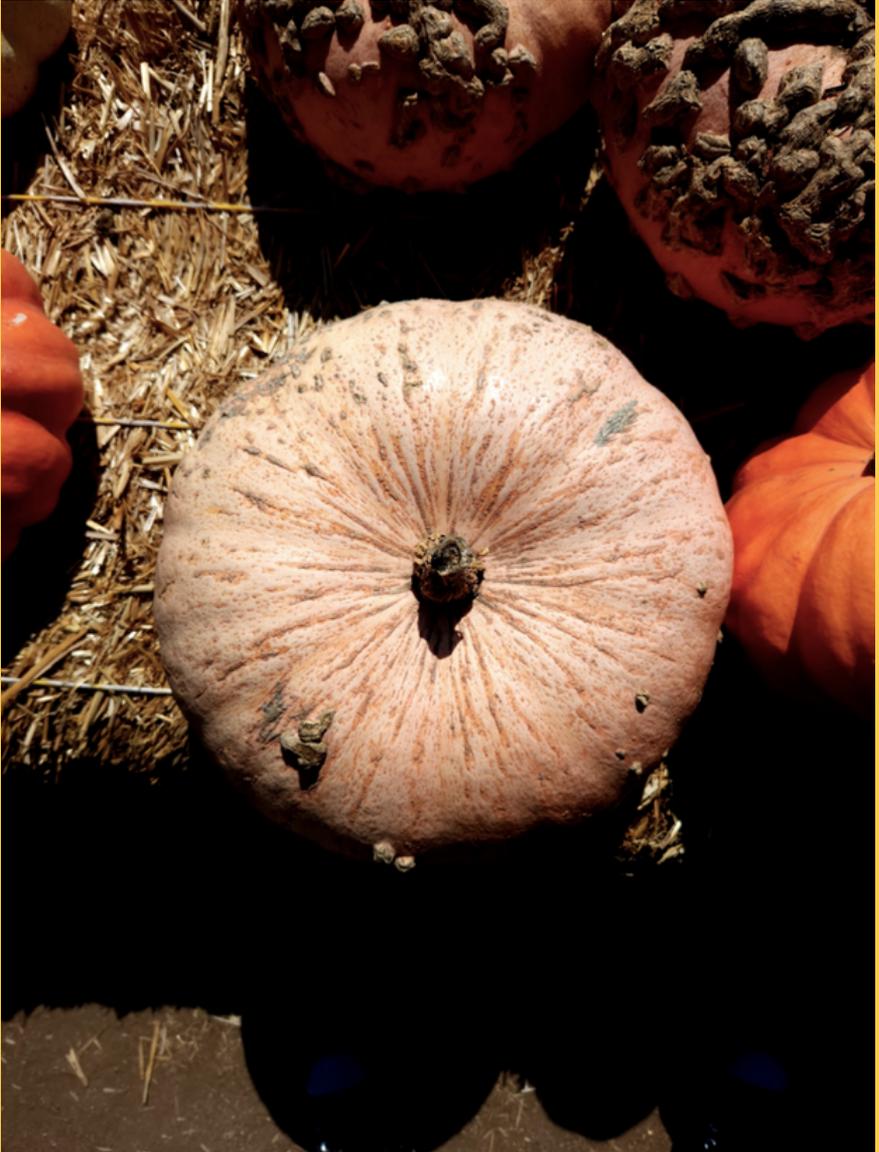
Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe

Fotografía: Rally fotográfico 2023.

En este número de Anáfora, el Taller de Fotografía de la Escuela Preparatoria tiene el gusto de participar con una muestra significativa del resultado logrado en el semestre, especialmente el obtenido en la actividad anual outdoor Rally Fotográfico 2023, que en esta ocasión tuvo lugar en la Ruta del Maíz. Entre la selección se encuentran fotografías que juegan con diferentes planos, encuadres y ángulos, además de una marcada temática otoñal con escenas muy llamativas, ricas en colores y texturas.

Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández

Muestra del Taller de fotografía
Rally Fotográfico 2023
Actividad Outdoor en la Ruta del Maíz



Por: Luisa Floresvillar.

Cristales de hielo

por Sebastian Campaña Vázquez

Despiertas al calor del verano y los rayos del sol en tu rostro. Olvidaste cerrar bien tus cortinas, te levantas y las abres de par en par. Admiras a través de la ventana la ciudad que se aviva al alba.

Te diriges a la cocina. Es un día de descanso, tu único trabajo es el de prepararte un desayuno digno de la alta sociedad. En un vaso de cristal, te sirves jugo de naranja natural; y en una taza de porcelana, café recién preparado con granos de la Costa de Marfil. En una canasta, dispones croissants, pan dulce y pan de barra, acompañados de mantequilla; ordenas una pequeña bandeja de plata con varios tipos de mermeladas y jaleas, desde la fresa y la zarzamora hasta la champaña y pimientos. En un plato de porcelana, te sirves dos huevos estrellados con carnes frías. En otro, más pequeño, colocas trocitos de sandía y melón verde, del más dulce que pudiste encontrar. En una tabla de madera, cortas unos trozos de queso Emmental y dejas el cuchillo sobre esta. Finalmente, llevas todo a la mesa, ordenada con una carpeta color oro, una servilleta de lino y cubiertos de plata en tu lugar. Tu mesa parece recién salida de un libro de recetas de cocina, de una película de la realeza.

Tras tomar la taza de café, la mitad del jugo de naranja, un mordisco a un croissant, una cucharada de mermelada de manzana, un trozo de jamón, los huevos estrellados sin las yemas, tres pedazos de sandía y uno de queso, ya no puedes más. Te retiras a tu habitación sin limpiar aquello que no terminaste de la mesa; no tiene sentido. Sin nada más que hacer, tomas una silla y te sientas frente a la ventana a disfrutar del día soleado.

Observas unas nubes. Te resultan extraño, el pronóstico del tiempo no mencionó un cielo nublado. No importa, porque a diferencia de ti, siempre se equivocan. Notas que no hay insectos, es un alivio. Las moscas, los mosquitos, las arañas y las cucarachas te repugnan, te dan asco, no hacen más que irritar, asustar y traer miserias.

Las aves también se marchan. Grandes parvadas de palomas, cuervos, picaflores, golondrinas y pájaros de jardín llenan los cielos de la ciudad, volando sobre ella y alejándose lo más posible.

Empieza a llover, ves esas pequeñas y agradables gotas como si apuntaras un atomizador o una manguera al aire. Los niños salen a la calle a mojarse.

Las gotas aumentan en tamaño, ahora es una lluvia ligera, relajante, calmante, un sonido que apacigua aquello que te distrae sin molestar. El papá de los niños sale de la casa con un paraguas y les ordena regresar antes de que les dé un resfriado.

Escuchas un trueno a lo lejos, es el comienzo de todo. Tienes una ligera sensación de escalofríos, podrías jurar que la temperatura ahora está como si fuera noviembre. No le das importancia, es normal que la temperatura cambie con la lluvia. Decides actuar como cualquier otra persona y te levantas por un abrigo.

Escuchas cómo las gotas caen más rápido, más fuerte; la lluvia es más intensa. Los fuertes vientos empiezan a agitar los árboles y crear ruido, mucho ruido, parece que les están arrancando las hojas en bonche. Abres la puerta que lleva al balcón para meter las macetas de flores antes de que el viento las vuele y las sillas antes de que la lluvia las estropee. Las acomodas en un lado de tu habitación; pero cuando regresas a cerrar la puerta una intensa ráfaga de viento te empuja al suelo y revuelve tu habitación. Te sostienes del marco de la puerta, te pones en pie y la cierras. Colocas una toalla en la parte de abajo y enciendes el calentón.

Te quedas viendo a la ventana. Ahora puedes ver claramente como un relámpago, rápido y brillante, sale de las nubes, seguido por sonido claro e intenso de un trueno. Te volteas para ordenar aquello que desacomodó el viento, y la frecuencia con la que escuchas los truenos se acelera cada vez más.

Entonces, escuchas un sonido extraño, miras por la ventana y ves a todo tipo de animales terrestres corriendo por la calle hacia la periferia. Perros y gatos callejeros, salvajes y domésticos, hámsteres, ardillas, ratas, ratones, mapaches, zorros... Sobre los animales más grandes, iban montadas serpientes, ranas, iguanas, lagartijas... Incluso los animales del circo y del zoológico se habían escapado, y podrías jurar que viste una que otra silueta humana entre ellos.

Sabes lo que se viene.

Empieza una granizada, acompañada de una neblina ligera que oculta el horizonte. Te sientas a observar por la ventana. El granizo se vuelve más grande. Qué suerte, estabas preparado, tu casa es resistente y tu ventana está protegida; pero otras personas no corren con el mismo destino.

Escuchas gritos de pánico, el granizo empieza a dañar los techos de las casas y edificios mal construidos; pero los carros en la calle y los árboles son los más perjudicados.

Que suerte que tu vecindario este en la parte alta de la ciudad. Miras con una cara neutra la inundación de las partes bajas. Es una escena horrible: casas destrozadas, cadáveres, personas que nadan por sus vidas, aferrándose a lo que se encuentren flotando. Perros y gatos que no pudieron escapar, mesabancos, escritorios, lámparas, sillones, juguetes, útiles escolares, la mercancía de las tiendas de conveniencia, carritos del supermercado... Recuerdas las historias que te contaron tu abuela y tu madre cuando eras más joven, las lluvias del 78, las tormentas en los 80's, la inundación del 93; todo en su ciudad de origen. Sientes vivir esos recuerdos; pero lo que estás viendo solo irá de mal en peor.

El granizo aumenta de tamaño, ahora es como una pelota de fútbol, la jarra de agua de jamaica del restaurante de ayer, un bolso de marca. Observas a través de la ventana cómo las personas salen a las calles para evitar ser aplastadas por sus techos y corren a refugiarse en los edificios altos antes yacer inconscientes por un pedazo de hielo caído de cielo. Para ser un país tan religioso, se abstiene de obedecer la voluntad de Dios.

El hielo se ha formado en la calle. Escuchas los gritos de las personas, un choque automovilístico, la explosión, vidrios quebrados, sollozos...

La temperatura sigue bajando, se detiene el granizo y comienzan a caer copos de nieve. La verdadera calma antes de la tormenta. Se forma una capa de aguanieve en la zona inundada. Comienza una tormenta de nieve, intensa. Recuerdas los documentales sobre las tormentas de nieve en Nueva York, y haber visto en vivo, desde el canal de noticias, las del 2010 y 2021. Esto es peor, mil veces peor.

Los vientos de huracán vuelan lo que pueden de los patios de las casas, y lo que no, es cubierto por capas y capas de nieve. La temperatura baja aún más, miras cómo la zona inundada se congela por completo. La neblina se vuelve más espesa, ya no puedes ver más allá de tres calles.

Tu ventana se empaña y la limpias con un trapo. Admiras una fiesta de relámpagos a través de ella. Contemplas cómo se derrumban los edificios a tu alrededor, escuchas cómo explotan las fábricas y maquiladoras cercanas. Un estruendo aún más grande, se sintió electrizante. Fue la planta de energía, se va la luz y se apaga la calefacción. Recurras al método

más antiguo que conoces, cobijas.

Ya puedes ver pequeños cristales formándose en los bordes de tu ventana. Todo terminará pronto.

Escuchas más ruidos, muy fuertes explosiones, derrumbes, gritos... son tus vecinos de la casa de enfrente, de a lado, de al fondo de la calle... La pareja de ancianos que te recibió tan pronto de mudaste, las niñas que cuidaste mientras su mamá estaba hospitalizada, un amigo de la universidad... Te sientes impotente, sabes que sufrirás el mismo destino.

Para este punto, solo escuchas el sonido ensordecedor de los truenos y el viento. Se empiezan a congelar las paredes. El hielo recorre tu habitación marcando de un blanco azulado tu cama, tu escritorio, el closet, el calefactor, la alfombra, el televisor, el reporte de laboratorio que nunca entregaste, las flores, el piso... Sólo queda la silla donde estas sentado y la ventana. Entre la neblina y el hielo no se puede ver nada. El techo a tu alrededor se derrumba, el viento intenso te arrebató las cobijas, pero tu ahí sigues sentado, sereno. La nieve cae en torno a ti. Sientes que las venas se te congelan, que tu garganta se reseca, que no puedes respirar. La silla se escarcha, no te puedes mover. Finalmente, la ventana se heló y se rompe, se quiebra en mil pedazos y contemplas la hermosura del paraíso invernal, la ciudad destruida. Exhalas tu último aliento sabiendo que pudiste evitar el suplicio de todas esas personas; tu sufrimiento y muerte.

Muestra del Taller de fotografía
Rally Fotográfico 2023
Actividad Outdoor en la Ruta del Maíz



Por: Luisa Floresvillar.



Por: Frida Uriarte

En la eternidad de la luna llena

por *Sofía Lizbeth Gutiérrez Lascares*

En un reino ubicado en las montañas de Ewigkeit, vivía un bello príncipe, de cabellos rizados y negros como la misma noche; su piel ligeramente bronceada hacía contraste con sus envidiables ojos plateados. Trataba a su gente con amabilidad y respeto; todo el pueblo ansiaba el día en que el príncipe Albert subiera al trono y dejaran de vivir bajo el mandato del cruel rey Saltod, su padre.

Un día galopando por la eternidad de las frescas montañas escuchó un estruendo y un gruñido que lo hizo ponerse alerta. Mientras se debatía en si debía ir hacia el peligro o advertir a su padre sobre aquel escándalo, unas voces se hicieron presentes desde donde provenía el estrépito. Conforme más se acercaba, la presión en su pecho se intensificó, así como el sonido del metal y gritos reprimidos.

—¡Sujétenlo bien! —ordenó una voz familiar.

Había alrededor de treinta de sus soldados sosteniendo unas cadenas extrañas de las que sólo había oído leyendas. Parecían hechas de diferentes tipos de metal con algunas piedras de jade que relucían con los rayos del sol que se colaban de entre los árboles; éstas se ceñían a un chico que luchaba por librarse. Albert pensó que la magnificencia de las cadenas era irrelevante, pues aún con las heridas abiertas y el cuerpo cubierto de suciedad aquel joven de belleza tan extraña era lo más hermoso que Albert hubiera visto.

En cuanto sus ojos tan intensos y rojos, como el rubí, chocaron con los suyos un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. El odio con el que lo miraba atravesaba cada fibra de su piel y huesos; pero lo que lo dejó completamente atónito no fue su sorprendente belleza ni sus resplandecientes ojos, si no lo que expuso frente a todas aquellas personas: ¡unas blancas y enormes alas que se posaban en su espalda! Alejaba con ellas a los soldados. En las esquinas y puntas había lo que parecía ser un accesorio de oro filoso, con lo que cortó la mejilla de uno de los hombres que sostenían sus cadenas. A pesar de su lucha, lograron meterlo en una enorme jaula de jade, donde el ángel se dejó caer sin fuerzas.

Su padre salió de entre las sombras sonriendo con orgullo.

—¡Bien hecho! Ahora llévenlo al palacio, a la habitación número cinco y asegúrense de que nadie los vea. No quiero que mi tesoro sea contemplado por la gente del pueblo.

Regresó tan rápido como pudo hacia el palacio, cuidándose de no ser visto por su padre; entró a su habitación y se encerró dentro. Se sentía algo paranoico, estaba incrédulo ante lo que sus ojos habían visto. Aquel joven enjaulado no podía ser un ángel.

Más tarde decidió comprobar por sí mismo que no fuera sólo un producto de su imaginación. Estaba frente a la puerta que su padre había mencionado, dudando en abrir. Cuando al fin se armó de valor, lo que encontró lo dejó nuevamente conteniendo el aliento: era el muchacho de antes y realmente tenía unas enormes alas pegadas a su espalda que lo envolvían a modo de protección. Su mirada reflejaba un deseo feroz de matarlo ahí mismo. Durante unos largos minutos, que parecieron horas, solo se limitaron a observarse. No fue hasta que el príncipe dio un paso que el ángel pareció reaccionar, empezó a moverse inquieto y buscaba una salida, pero no la hallaba.

—Tranquilo, quería ver que fueras real, no pretendo hacerte daño —dijo con una voz calmada y baja.

—No soy una mascota, aléjate —un ligero temblor en su voz gruesa hizo que el príncipe deseara no dejarlo ahí solo, donde más tarde su padre lo acosaría.

—Me iré, lamento molestarte.

No obtuvo respuesta, pero sabía que aquel ser lo observaba. Durante las siguientes dos semanas el príncipe Albert iba a escondidas a la habitación número cinco para hacerle compañía, aunque éste no hacía nada más que observarlo y lanzarle maldiciones; en algunas ocasiones utilizaba un idioma desconocido. Albert sabía que las palabras que salían de aquel ángel no eran más que blasfemias dirigidas a él; sin embargo, el ligero tintineo que brotaba de los labios le parecía la más bella canción en el mundo. A menudo se preguntaba si era posible conservar ese sonido en sus oídos para siempre.

—Dime, ¿mi padre ha venido hoy?

—No.

—Entonces creo que debería retirarme. Me temo que mi padre podría llegar en cualquier momento. Nos vemos mañana, ángel —hizo el ademán de levantarse mientras el otro joven lo observaba atentamente. Ese humano había estado durante semanas yendo a verlo sin lastimarlo, tan solo contando sus aburridos y monótonos días.

—Farid —dijo algo agresivo por la costumbre—. Mi nombre es Farid, no ángel —así como su nombre, él también era único, incomparable, sin igual. No había manera más perfecta de llamarlo que por su nombre. Uno que le dio el placer de conocer sin siquiera pedirlo. Le ha dado una prueba de confianza como ninguna otra al revelar su identidad.

—Entonces, nos vemos mañana Farid.

Un breve y bajo sonido al agitar sus alas le indicó que ya podía irse, que lo esperaría y escucharía al día siguiente. De alguna manera relajó su cuerpo que había permanecido tenso desde que ingresó a la habitación.

Unos días después en el comedor del palacio, mientras el príncipe y su padre desayunaban, un fuerte grito distorsionado llenó cada rincón de las habitaciones. Los guardias se pusieron alertas protegiendo a la realeza y otros cuantos se aproximaron con prisa hacia el lugar de los hechos.

—Quédate aquí hijo. ¡Guardias! ¡Protejan al príncipe!

—¡Rey Saltod, su tesoro quiere escapar, rompió una de las cadenas! —¡El rey salió del comedor lo más rápido posible, dejando a un serio y enojado príncipe.

Cuando todo se tranquilizó unas horas después y Albert quiso ver cómo se encontraba Farid, solo se topó con varios guardias resguardando la entrada a la habitación. Era lógico que, si el ángel quiso escapar de ahí, la seguridad estaría mucho más alerta. Ya no podía pasar sin ser visto o cuestionado sobre el por qué él querría entrar ahí. La única manera era encarar a su padre y pedirle explicaciones sobre el escándalo como si él ignorara la existencia del ser encerrado en esa habitación.

—Padre, creo que me merezco una explicación sobre el escándalo que ocasionó tu tesoro.

—Hijo mío, me temo que eso no puedo decírtelo.

—Madre me habría contado, para ella los secretos y mentiras tan solo rompían lazos —la expresión de su padre se oscureció un poco ante la

mención de su difunta esposa, con el tiempo se había dado cuenta de que eso lo suavizaba y lo hacía hablar.

—Bien, te contaré, pero recuerda que lo dicho aquí no puedes ir a contárselo a nadie.

—No te preocupes, nadie espera noticias mías.

—En el número cinco está mi querido tesoro, uno que costó toneladas de oro y algunos campos de cultivo; pero vale eso y más. En esa habitación tengo en custodia a un ángel.

Albert trató de poner la expresión más incrédula y confundida que podía. Al parecer funcionó, ya que su padre sonrió con orgullo.

—¿Cómo es posible padre? ¿Un ángel? ¿No eran esas criaturas un mito?

—¡Claro que no! Ven, te mostraré.

Caminaron silenciosamente hacia la habitación cinco, sus pasos realizaban pequeños ecos por los pasillos. Una vez frente a la puerta los guardias se abrieron paso y realizaron unas breves reverencias dejándoles el camino libre.

—¡He aquí, hijo mío! Frente a ti tienes a un auténtico ángel.

Farid se encontraba con cadenas aún más gruesas que las anteriores. Su cuerpo estaba ensangrentado nuevamente y más moretones ensuciaba aquella piel que alguna vez fue brillante. Sus alas lo protegían mientras intentaba pegarse a las rejas más cercanas a la pared. Albert se sintió desconsolado al ver tal escena y controló sus ansias de salir corriendo a auxiliar al producto de su afecto. Los ojos del ángel parecían sorprendidos y dolidos al verlo junto a su padre, parecía que había llegado a una conclusión equivocada. Su mirada se endureció, cargándose de odio.

—Es hermoso, ¿no es así? —dijo su padre en un tono que no supo descifrar.

—Claro que lo es...

—Puedes verlo cuando quieras, siempre y cuando no traigas a nadie más —dicho esto salió de aquellas cuatro paredes dejando al príncipe con el joven ángel.

—No sé qué es lo que estás pensando, pero no es lo que crees Farid.

—Lárgate.

—Sólo quería verte de nuevo sin que mi padre dudara de mí —caminó

lentamente hasta llegar a las rejas de jade, arrodillándose y colocando su mano y su frente encima de estas—. Solo quería verte...

Albert no creía que lo que vio Farid fuera algo malo. No lograba entender lo que el otro sentía al verlo. Como su comprador sólo quería ver sus ojos nuevamente y sentir su presencia; y por ello se disculpaba.

Mientras Farid se sentía confundido y sorprendido al ver que un príncipe humano se había arrodillado para pedirle perdón. El joven ángel temeroso, se acercó al príncipe y juntó la palma de su mano con la de él; sintió un leve cosquilleo y calidez en su ser.

—Yo también quería verte.

Su corazón nunca había revoloteado de aquella manera como lo hizo cuando la piel del ángel había entrado en contacto con la suya.

—Debería irme, he tardado mucho —estaba comenzando a levantarse cuando una mano sostuvo la suya, y lo detuvo.

—¿Te veré pronto?

La esperanza en su voz de verlo nuevamente calentó su corazón. Aunque el terror en su mirada de que desapareciera en cualquier momento le provocó ganas de llorar. Él no merecía aquello.

—Mañana, y te daré un regalo que sé que te encantará —dicho esto se marchó de ahí. Dejó al ángel con muchas preguntas y con una calidez en su pecho, con un sentimiento que hacía tiempo había aparecido.

Al día siguiente Farid estaba ansioso, era de noche y Albert aún no lo visitaba. El cielo se había oscurecido; el cuarto se volvió mucho más frío y lúgubre. Tal vez el príncipe le había mentado; después de todo era humano. Cuando decidió que no esperaría más la manija de la puerta se movió un poco, como si alguien dudara en entrar. Escuchaba varias voces en la parte exterior, como una conversación. Era probable que el rey quisiera verlo y tal vez estaba dándole instrucciones a sus guardias, como siempre lo hacía. Se puso alerta cubriéndose con sus alas. Sin embargo, quien entró por aquella puerta fue Albert, sin expresión alguna en su rostro. Al ver sus ojos plateados supo que estaba intranquilo, nervioso, con miedo.

—Perdón por no venir antes, pero para darte tu regalo necesitaba que fuera de noche.

—Me alegra que estés aquí —Albert no se movió, parecía buscar alguna respuesta en sus ojos ya que lo miraba con desesperación. El príncipe pareció reaccionar y caminó hacia la jaula.

—Te regalaré lo que mereces, algo que no debería llamarse “regalo” pero por la situación creo que es así.

—No comprendo, ¿qué es exactamente eso que me darás?

—Tu libertad.

Albert no dijo nada más. Tomó entre sus dedos el candado de la jaula y lo abrió con una pequeña llave. El ángel estaba agitado, no sabía si estar emocionado o asustado de que un humano estuviera dentro de nuevo.

—Voy a sacarte de aquí, serás libre por fin.

Farid no pudo pronunciar palabra alguna cuando el príncipe con sumo cuidado tomaba sus muñecas para quitarle esas pesadas cadenas. Continuó con todas las demás que lo mantenían débil y prisionero. Una vez que la última fue extraída de su cuerpo, caminó con sigilo fuera de la jaula donde desplegó un poco sus alas. Cada uno de los cortes en su cuerpo fueron curándose lentamente. El rostro adolorido que mostraba cada que se movía, debido a las heridas, fue tornándose más relajado; hasta finalmente mostrar su pálida piel sanada, aunque algunas cicatrices permanecieron.

Cuando salió de su pequeño trance por estar un paso más cerca de la libertad miró hacia atrás donde Albert lo observaba embelesado. No había necesidad de palabras, con solo mirarse se comunicaban. Aun así, requerían el contacto del uno con el otro por lo que se acercaron lentamente, como si ambos se temiesen. Permanecieron unos minutos sin hacer nada más; uno enfrente del otro. Hasta que por fin uno dio el paso definitivo y se fundieron en un profundo abrazo que ninguno de los dos pensaba terminar. Tal vez fueron conscientes de que el tiempo se les venía encima y se separaron lentamente. Se dirigieron hacia la puerta. El príncipe salió primero cerciorándose de que fuera seguro; le pidió al ángel guardar sus alas para que no fuera un inconveniente. Una vez a salvo le otorgó ropa para que cambiara su aspecto y fuera más sencillo confundirlo con un guardia.

—Hay una salida por la parte de atrás cruzando estos pasillos, da hacia

los jardines, desde ahí podrás volar lejos antes de que se den cuenta de que no estás en la jaula. Yo iré contigo; serás mi guardia personal en caso de que mi padre descubra esto mucho antes de que logres escapar. No te preocupes por mí y ve a los jardines, huye sin mirar atrás. Intentaré detenerlos para que no te alcancen.

—No podría dejarte solo, si algo te pasa yo no sé qué haría.

—Tranquilo, estaré bien, sé que serás libre y no estarás en una jaula nuevamente.

No dijeron nada más. Se dirigieron a los jardines, toparon a algunos guardias, pero el príncipe se encargó de decirles que era su nuevo guardia personal. Todo parecía ir según el plan, llegaron al jardín donde Farid desplegó sus enormes alas, que con la luz de la luna parecían brillar, demostrando así el maravilloso ser que era.

—Ven conmigo, escapemos juntos —dijo el ángel mientras acariciaba su rostro con una sola mano, mirándolo con un brillo hermoso.

Antes de que Albert tuviera la oportunidad de decir algo, escuchó un conjunto de estruendos y el sonido de muchos pasos que se dirigían a ellos. Los guardias los encontraron y al frente estaba el rey.

—¡Atrápenlos!

—Farid, debes huir ¡rápido! —¡había miedo en sus ojos y unas lágrimas querían salir de ellos, pero las retuvo.

—No puedo irme sin ti —el príncipe lo miró unos segundos antes de dirigirle una mirada aterrada y aventarlo hacia un lado.

Una flecha atravesó su pecho limpiamente, los ruidos y pasos cesaron, todos se sumieron en un terrible silencio. Alguien le había dado al príncipe. Farid se acercó rápidamente a su cuerpo, desesperado, nadie se atrevía a mover un solo músculo.

—No... Quédate conmigo Albert, aún debemos huir —su voz sonaba rota, apunto de llorar.

—Me alegro que seas tú quien pueda huir, no vayas a olvidarme.

En su rostro había lágrimas derramándose sin control, mientras acariciaba el rostro de su ángel y respiraba con dificultad.

—No lo haré, en ninguno de todos los siglos que me falten; pero quédate un rato más, por favor.

—Mi querido ángel... gracias por haber aparecido en mi vida... te amo.

—Te amo mi príncipe —dijo mientras lo acercaba más a su cuerpo y sus alas los cubrían a ambos.

Se permitió llorar cuando no sintió más los latidos de su amado. Soltó un grito que hizo a todos retroceder, parecía como si todo muriera a su alrededor. Las flores se marchitaban poco a poco, todo se volvía más opaco. El ángel dejó delicadamente el cuerpo sin vida del príncipe sobre el pasto, donde crecían unas bellas flores, era el único lugar que no se había entristecido. Farid se giró amenazante hacia todas las personas que iban por él, sus ojos tan rojos como un rubí en los que el brillo ya no estaba más, mostraban un odio tan grande, que hizo temblar a los presentes.

Sus alas antes blancas se tornaron negras y más amenazantes que antes. Sin tener oportunidad de defenderse varios cuerpos caían inertes por cada paso que daba, hasta que el único que quedó en pie fue el mismo rey.

—Lo mataste. Lo arrebataste de mi lado y te haré pagar eternamente. Recuérdalo bien porque el sufrimiento eterno caerá sobre tu reino y a donde sea que vayas el desastre y dolor te seguirá hasta tu muerte.

Le dirigió una última mirada y fue hacia el único lugar del jardín que aún vivía. Recogió con delicadeza al príncipe y voló hasta perderse entre la luz de la luna y las escasas nubes.

Muchos decían haber visto a dos ángeles danzar en los días de luna llena, pero cuando ésta se escondía uno desaparecía dejando al otro solitario y lleno de rabia, destruyendo todo a su paso. EL reino que se encontraba entre las montañas Ewigkeit sufría de fuertes sequías y hambruna. Toda la desgracia se intensificaba en los días próximos al aniversario de la muerte del príncipe Albert; era un recordatorio para que nadie se olvidara de él.

El rey tenía constantes pesadillas y sucesos extraños pasaban a su rededor, como si estuviera realmente maldito él y su pueblo. Pasaron siglos desde el inicio de la maldición y aun cuando las sequías, el hambre y muertes cesaron nadie se atrevió a olvidarlo nunca. Cada día de luna llena los habitantes del pueblo iban a dejar las flores más hermosas que encontraban al jardín del castillo, uno que parecía nunca morir.

Muestra del Taller de fotografía
Rally Fotográfico 2023
Actividad Outdoor en la Ruta del Maíz



Por: Mariana Ibañez

Muestra del Taller de fotografía
Rally Fotográfico 2023
Actividad outdoor en la Ruta del Maíz



Por: Frida Uriarte

En tan sólo 6 minutos y 54 segundos

por Guillermina del Sagrario Monroy Cuarenta

Un 11 de julio de 1991, al mediodía, Joan, un joven estudiante, se dirigía a la Ciudad de México para ver a sus padres; se encontraba en la carretera, todo estaba normal, no había una sola alma que apreciar, estaba solo. Habían campos que parecían infinitos al poder ver un hermoso horizonte plano con pequeños brotes de césped, esa vista mantuvo distraído a Joan quién no estaba enterado de lo que estaba por suceder.

Un rato después, notó un cambio en la iluminación del sol y empezó a oscurecer; él no podía creer lo que estaba pasando, inmediatamente supo que se trataba de un eclipse, detuvo el carro, no podía arriesgarse a seguir manejando en una carretera sin luces. Se desvió del camino y se adentró al campo que parecía nunca acabar. Salió del carro, se sentó en dirección contraria al sol solamente para contemplar cómo la luz se iba y la oscuridad llegaba, una increíble calma y un silencio inmenso. Joan solo observaba una parte del cielo mientras esperaba para continuar su camino.

(Minuto 1).

Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y comenzó ver las estrellas; cuantos más segundos pasaban más podía apreciarlas; observó tonalidades azules como el color del mar; con manchas verdes, como el césped; todo esto estaba en el cielo oscuro, colores acuarelas pintados en un trozo de papel infinito e incompredido llamado galaxia... y ese lugar lleno de preguntas, estaba arriba de él.

(Minuto 2).

Las estrellas parecían una lluvia de ideas que pasaban, como almas que preexistieron; como materia transformada en partículas brillantes a miles de años luz de existencia, viendo el pasado de éstas al no poder ver su presente, siempre estático, brillando más o menos, tintineando hasta que otra llegará y brillará más.

(Minuto 3).

Entre esa lluvia que parecía estática había un granizo tintineante que destacaban mucho más que aquellas estrellas, planetas, la palabra correcta.

Dichos planetas tienen características parecidas a la de nuestra tierra, como agua, temperatura, viento, elementos, gravedad, densidad, masa, etcétera. «¿Cómo algo tan simple pudo combinarse para formar todo esto?, ¿cómo estamos aquí a partir de una simple materia?» Pensaba Joan mientras observaba esta pieza de arte con tantos detalles que ni una, ni dos vidas bastarán para entenderla completamente.

En ese momento, las preguntas eran tantas con tan solo ver un 0,001% de esa pieza, que Joan, no podía apartar la mirada y siguió viendo más al fondo de lo que había en el espacio, en ello, una pregunta retumbó muy fuerte en su cabeza:

«¿Qué ocurre en este momento?, mientras veo este oscuro día, gente muere, gente nace, algunos duermen, otros despiertan y otros simplemente contemplan lo mismo que yo sin estar aquí. Algunos están conmigo sin estar a mi lado, algunos esperan mi llegada mientras yo solo me detuve, como el espacio, que se extiende por una enorme explosión que avanza millones y millones de años y sigue expandiéndose, durante eone, por mucho más tiempo, por muchas más generaciones, por el fin de la humanidad, casi una eternidad expandiéndose para ir en retroceso, tomar todo lo que creó, toda la materia y regresarla al punto de origen para chocar todo y acabar con todos los sistemas, todos los agujeros negros, todas las constelaciones, todos los cuerpos celestes, todo; para que de este modo pueda volver a explotar y probablemente generar un nuevo universo con otro orden o el mismo, todo siempre por un bucle sin fin donde el espacio tiempo prevalece por una eternidad desconocida».

(Minuto 4).

«Todo esto que ocurre, siempre lleva tiempo, ese mismo tiempo que usamos para justificar nuestras faltas al trabajo, nuestro retraso, incluso en este momento en el que estoy esperando a que el eclipse acabe. El tiempo es el encargado de que todo tenga final y de darle sentido lineal a nuestras vidas; todo esto para no sentir ese vacío que llenamos con lo que hacemos y por el tiempo que le dedicamos a esas cosas; como en este momento, el tiempo en el que me cuestioné. ¿Qué tan ignorante somos?, ¿Cómo no podemos ver lo que tenemos arriba de nosotros?

Nos mortificamos por lo inexistente, nos culpamos por pequeñas cosas y *sobrepensamos* los pequeños problemas; somos increíblemente inexistentes, somos pequeños en comparación con la grandeza de nuestra vía láctea. Nos reducimos a nada más y nada menos que a estrellas, estrellas que buscan brillar y brillar cada vez más hasta que desaparecen; somos como el césped, crece, se seca y cuando está por morir nacen otros brotes, cada uno creciendo a su tiempo, unos viviendo más que otros».

(Minuto 5).

«¿Qué hay más allá de esta pintura?, ¿cuál es el límite del universo, de nuestros sentimientos?, ¿qué tan solos podemos sentirnos pensando en todo esto?», Joan se cuestionaba mientras sentía un gran vacío incomprensible, siempre, intentando encontrar una pequeña flor que nunca existiría en aquel lugar incomprensido.

(Minuto 6).

«Somos como el espacio, siempre mirando todo y mirando nada; nos sentimos como él, él es nuestra representación. Su final y sus colisiones con el espacio-tiempo representa nuestro fin, nuestras ganas de la preexistencia se basan en su velocidad de la luz; siempre estaremos aquí, si alguien intentara verse estando muy lejos de la tierra, a miles de millones de años luz, podría volver a verse; a pesar de haberse ido hace tanto tiempo, ese césped se seguirá viendo por la velocidad de la luz tardía. Nada es para siempre, pero nada se va para siempre, siempre estamos aquí, solo observando».

(Segundo 27).

«No importa lo que pase, todos nos iremos, nuestros intentos por seguir existiendo, una eternidad de existencia se convertirán en un dolor de cabeza. Explotarán todos nuestros agujeros negros, nuestras constelaciones, nuestros planetas morirán, nuestro espacio acabará y nuestros meteoritos no querrán moverse. Queremos morir, somos el espacio quién también busca acabarse y cerrar ciclos para darle la oportunidad de que una flor crezca entre ese césped, darle el éxito, para una buena vida, una buena existencia», continuaba pensando aquel joven.

Nadie aguantaría una vida eterna bajo la pérdida total de las flores,

incluso Joan, quién estaba de camino para visitar a su familia, que descansaban bajo la tierra, estáticos por toda una eternidad; sin embargo, la idea de que en algún punto podría volver a verlos a millones de años luz lo consolaba. Ese joven pensante buscaba calma, buscaba estar solo y es lo que obtuvo, un momento para pensar en todos esos momentos y en todo ese tiempo que le dedicó a sus seres queridos. Todos esos cumpleaños, todos esos días festivos se miraban reducidos a unas cuantas visitas el 11 de julio de aquel año y el primero y segundo de noviembre. Esas fechas que traían memorias detestables chocarían como dos cometas, en una línea, en una dirección, ese mismo suceso que se llevó todo lo que más quería Joan.

Aceptando su destino, se identificó con el espacio, y lo comprendió. No importaba que nada fuera para siempre, estaba decidido en continuar con su vida para que pudiera convertirse en polvo de estrellas; para poder viajar más lejos y más rápido que la velocidad de la luz y sonreír una vez más al reencontrarse con este césped muerto bajo un eclipse solar.

Tantas preguntas habían llegado a la mente de ese joven, tantas tristezas llegaron a él, tantos momentos lo invadieron. «Vivimos así para darle sentido a nuestra vida y está bien, solo queremos llenar nuestros vacíos. La muerte es parte de la vida, la vida es parte de la muerte, inicio y final, espacio y tiempo, no existente y existente, posible e imposible», pensó.

Joan no podía dejar de ver a esos planetas brillantes, tampoco a esos colores pintados ahora de color morado con colores verde y blanco, ese blanco, era como la representación de la vida. Esos colores, planetas, manchas negras y más, eran la generalización de algo más grande, un hermoso cuerpo celeste, uno en donde él, se encontraba.

(Segundo 54).

Tan pronto como pudo ver todas estas estrellas y planetas, tan pronto como llegó el eclipse, tan pronto se fue, poco a poco dejó de mirar aquellos colores, dejó de ver puntos negros en el espacio, los planetas estaban desapareciendo, era el final, las estrellas consecutivamente desaparecieron.

«Se acabó». Se dijo Joan.

La luz solar estaba regresando y cuando empezó a hacerlo, todo el campo se iluminó, dándole esperanzas de vida a Joan, para continuar con su camino. La luz volvió y cuando lo hizo pudo observar lo bello que era la naturaleza, lo infinita que era, que, no solo había césped sino también algunas cuántas flores enfrente de él. Pudo observar aquella pieza infinita, miró aquel horizonte infinito, infinito al igual que el espacio, pero, aquel horizonte era un bucle, Joan comprendió en ese momento que a pesar de todo, en el inicio y el fin, había bucles, como el Big Bang, comprendió que se deshacía de todo y nada a su vez. «Todo es irreversible, irrevocable e inevitable hablando del final, en algún punto ni oscuridad misma existirá y en ese mismo momento, todo estará así para siempre, siendo la inexistencia, la única palabra que describe la nada aun así tomando el tiempo, ya que, si no existe nada, no hay tiempo que lo mida ni quién lo cuente; pero, así como las flores mueren, nacen otros brotes, comenzando como césped, dando pequeñas señales de vida y continuando con la regeneración infinita, hasta que el tiempo y el espacio lo permitan.

Nacer es un milagro, debemos encontrar la belleza y la felicidad en pequeñas cosas, vivir nuestro día a día como una línea, una dimensión que solo avanza hacia adelante para tener un inicio y un final», pensó por última vez Joan para consecutivamente asomarse atrás del carro, al hacerlo, pudo observar el camino iluminarse; en ese instante, pájaros desorientados salían de lo lejos del paisaje, esta obra de arte, que podía observar, es lo que le había tocado vivir a Joan. El radiante sol, el hermoso paisaje era posible mirarlo con una sola vida, incluso, era posible pintarla.

Ya no había tonalidades azules, ni verdes en el cielo, solo había un cian que cubría todas las preguntas, cubría aquellos misterios qué tal vez nunca descubrimos y estaba bien, según Joan: «Cada cosa a su tiempo. No estamos solos». Se convenció.

Aquel joven se levantó y se dirigió al auto nuevamente para continuar con su camino; solo para visitar a aquellos que alguna vez podrá ver dentro de millones de eones de años, todo, en una galaxia que nació con cuerpos celestes, planetas y estrellas, que se expandió dentro de él, en tan solo 6 minutos y 54 segundos.

Muestra del Taller de fotografía
Rally Fotográfico 2023
Actividad Outdoor en la Ruta del Maíz



Por: Oscar Viramontes



Por: Omar Muñoz

Sanar la sangre

por Marcía Ramos Lozoya

La luna permanece dando apenas un atisbo de luz en plena oscuridad. Ensamblar y colocar, ensamblar y colocar o ¿cómo era? Sí, ensamblar y colocar, no debo olvidar eso. Ya se dieron cuenta, lo vi en el rabillo del ojo del supervisor, por un momento pensó en despedirme. No puedo llegar tarde a la fábrica me van a descontar, el olor de los zapatos, ni yo lo soporto, alguien me sigue... La sombra es grande.

—¿Qué crees que me dijo mi papá la otra vez?

—¿Qué?

—Que él no llora, tú crees.

—Sanar la sangre, sanar la sangre...

—¿Qué dijiste?

—No dije nada.

—Te escuché que dijiste algo.

—No, escuchaste mal.

—Te decía que mi papá nunca llora.

—¿Y por qué?

—Dice que tiene años, yo digo que no lo quiere aceptar.

—Hay que apurarnos, ya viene el supervisor.

El supervisor nos mira las nalgas, mientras se alisa el bigote y dice que la producción va lenta. Movemos las manos con rapidez como si fuéramos hacer alguna diferencia. “Esas manos tienen que servir para algo más que...” y hace ese movimiento con una mano para arriba y abajo. Mi compañera hace una sonrisa ancha y apriete la boca. Somos equipo desde hace dos años y nunca he entendido porque finge la gracia, pero, ella dice que es caer bien. El supervisor nos deja, pero antes me llama para advertirme que al rato pase a su oficina y siento que me quema la garganta. Me suelto el cabello por el dolor en la cabeza y a la hora de salida él regresa por mí.

—¿Te sientes cómoda con este trabajo?

—Sí, señor.

—Tus números no se mantienen y así no te puedo dar el obsequio de la empresa.

El obsequio es un cuadro grande con un enorme caballo que no cabe en mi condominio de un cuarto y un baño, pero agacho la cabeza.

—No te quiero decir esto, pero, sabes que soy tu jefe y el hombre que las dirige a todas ustedes.

—Entiendo señor.

—Hay muchas solicitudes de empleo...

—Y muchas renunciadas.

Doy cuenta de mi torpeza, con este comentario sé que me va a correr. Necesito este trabajo. Mi madre siempre decía que no sabía cerrar la boca.

Inhalo y cuando estoy a punto de exhalar el supervisor se ha ido, el cuarto es otro, tres hombres me miran con indignación y crucifijos.

Me leen mis crímenes: ¡brujería! ¡satanismo! y ¡sacrificio! Imploró y grito que soy inocente, hay un error digo, mientras el sudor resbala por mi cabello a gotas grandes. Me agarran de los brazos y los colocan abiertos al igual que las piernas. Me exigen que confiese al mismo tiempo que dan una vuelta, jalen de mí como si fuera una muñeca de tela, me estiran, primero las piernas truenan, luego los brazos, después el dolor sube hasta mi boca y se revientan las encías. La sangre emana y los miembros de mi cuerpo caen como un lago. Exhalo...

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí.

—Seguiremos esta conversación otro día. Hay que producir más.

—Sí, gracias.

Salgo del cuarto, el olor de la menstruación me hace sentir aún más incómoda y siento como la sangre se resbala entre las piernas. Corro al baño con temor de que mi jefe me descubra y me descuente el tiempo. “Cada minuto cuenta, imaginen que es su salario” repite sin consideración de las embarazadas y las enfermas.

Al día siguiente... El cielo está opaco, diferente a otros días y recuerdo que es el eclipse, todavía rodeado de luz. No puedo evitar caer en la tentación de mirar y lo hago.

Escucho una carcajada detrás de mí, camino entre carros y gatos que salen de su escondite.

Acelero el paso, está vez no tengo dudas alguien me sigue, detecto un extraño olor a copal y los escalofríos que siento, pronto pasan a ser latigazos. Veo las sombras de cuerpos en movimiento que parecen rodearme, pero no hay personas a estas horas.

En la oscuridad aparece una mujer que también camina deprisa y me alcanza; un poco aliviada, respiro. Veo su cabeza tapada con una capucha negra, interesada por su aspecto me paro y contemplo la cicatriz de su mejilla. Ella también se detiene, mira mis zapatos raspados y con sorpresa se enfoca en el lunar de mi cuello. No aparta la vista, siento algo muy caliente desde la frente hasta los pies.

¡Me quemó! ¡Me quemó! Grito, la mujer se acerca, su nariz roza la mía, sus pies se meten adentro de los míos. El eclipse se consume.

Tomo su mano y sus dulces ojos se mezclan con los míos, mi pequeña hija, la sangre de Hécate que causa ese pulso constante y tan fácil de detectar para una bruja. Ahora serás una niña le digo. Llegamos al trabajo, una vez más el supervisor le llama.

—Es una pena decirlo, pero... Su producción es muy baja y es por su desempeño, cada día más gorda. Se nota que no respira bien.

—Usted sabe que siempre llego a tiempo y nunca faltó.

—Pero, ni el mánager ni yo vemos que los números aumenten.

—No me despida por favor.

—Hay algo que puedes hacer. Toma la navaja que guardas en el cajón de la mesita, ábrete camisa. Corta con fuerza tu carne, la del lado del corazón, un pedazo, dos pedazos...

La sangre resbala hasta empapar los pantalones, el hombre horrorizado no puede detenerse ni parpadear. Grita, pero la voz sale como un respiro. Se saca el corazón y lo deja justo en el escritorio. Cuando logra salir de la oficina se desvanece y cae muerto.

Salgo con aquella niña que con compasión me mira, le limpio las lágrimas y le juro que nunca más estará sola. Antes de que sea una mujer de nuevo...

La mujer se fue hasta que me dejó en el trabajo. Estoy en el cuarto de producción, escucho los gritos, el escándalo, no me extraña, otro ha dejado el corazón en la oficina.

